

## DIONISIO ESCRITOR

Ridruejo era esencialmente escritor y esto me obliga a referirme también a su obra como tal, pues si no lo hiciera habría dejado de hablar de quien desde su adolescencia estuvo marcado con el signo de la creación literaria, y sobre todo poética.

No lo haré desde el campo de la *crítica literaria* porque no soy allí militante, y al atreverme a hacerlo pediré permiso y perdón a los críticos por ese mi necesario atrevimiento; como el maestro Azorín decía: «Con permiso de los cervantistas» cuando reflexionaba sobre El Quijote o las Nuevas Ejemplares.

Pienso que el insustituible –importante- papel que en el mundo de las letras corresponde a quienes de la crítica hacen una dedicación, no es un modo alguno incompatible con los comentarios que, para un caso singular –en relación con un escritor determinado, a propósito de la obra de un amigo entrañable-, intente hacer quien ha tenido la fortuna de convivir con él y ha sido asiduo lector y tiene puntual conocimiento de su obra. Todavía más: creo que realización de un trabajo semejante es una forma nada recusable de colaboración con la crítica al aportar datos, vivencias e impresiones que acaso pasaron inadvertidas al técnico de la literatura; y no sólo porque éste pueda ser víctima –y algunas veces lo es- de una deformación profesional, que es riesgo común a todos los estamentos intelectuales, sino porque si el crítico pretende que sus juicios sean objetivos –y éste ha de ser su ideal- no tiene derecho a prescindir de las reacciones que la obra literaria produzca en los lectores para quienes va destinada en definitiva.

Estas consideraciones me legitiman para abocetar unas notas sobre este plano tan importante de su personalidad.

Dionisio Ridruejo es poeta y ensayista; ante todo esencialmente poeta, incluso lo es casi siempre en su prosa, «Mi profesión central es la de poeta», nos dijo.

Es un escritor a la vez brillante y hondo, caudaloso e intimista. Pero debe hacerse notar que su brillantez se detiene siempre en el límite mismo donde empieza lo retórico para remansarse allí en profundidad. Él era antirretórico.

Es misterioso –la verdadera poesía es siempre misterio- cómo Ridruejo se salva del retoricismo; pero la realidad es que se salva, por eso, a excepción de algún momento, creo que se puede calificar de poeta esencialmente clásico.

En su poesía hay dos épocas: neorrenacentista y esporádicamente neobarroca, la primera época; cosa que en alguna medida se da en toda la lírica española de las generaciones anteriores. Él procede también de la poesía europea posterior a Mallarmé que adquiere este gusto de retorno a las formas clásicas –renacentista-; así ocurre en Ridruejo especialmente en el *Primer libro de amor y Sonetos a la piedra*.

Se puede señalar como influencia remota, predominante, en esta etapa de la poesía de Ridruejo a Quevedo y Gracilazo. Entre sus influencias más próximas en esa fase se pueden señalar la de Salinas, en cuanto a la construcción temática, y de Gerardo Diego.

Esta primera época es la que podemos llamar *formalista*, o la más formalista, con el empleo de palabras selectas y elevadas, con la preocupación por la arquitectura del poema y por su unidad.

La segunda época, en que sale del énfasis de la poesía formalista, se inicia en su libro *La soledad del tiempo*, donde ya hay allí la incipiente *desilusión política* que luego se produce y manifiesta en el año 1940; y también la desilusión humana de su idealismo juvenil, y mejor podríamos decir adolescente. (Es en frase del propio Dionisio «la destrucción de la galería de espejos de la adolescencia».)

Esta crisis está teorizada a posteriori, en el año 1943, en el poema titulado *Umbral de la madurez*, que muchos falangistas —en aquella época— consideraban como el testimonio de su propia situación.

*Recuerda, camarada, aquellos días que nos están envejeciendo, aquellos que han anticipado nuestra desalentada prudencia. No llores, no maldigas, no te vuelvas airado contra tu corazón,*

... ..

*No llores, no maldigas; recuerda simplemente. Puesto que ya eres hombre compórtate como hombre.*

*Recuerda aquellos días: morir era tan bello como vivir: ¡vida y muerte eran fuentes de glorias semejantes!*

... ..

*Luchabas, sí, luchabas. Recuerda solamente.*

*Era todo verdad. El amor era aquello: la ansiedad fundidora de la única belleza.*

*¡La patria! Sí, la patria no eran estos millones de ruedos desacuerdos.*

*Forjándose la vida, sino el cetro surgido en el puño radiante, la espada justiciera.*

*Pero recuerda solamente: Todo es ya piedra a piedra, paso a paso.*

*Es tiempo de la paz y de los goces pero no de los mitos.*

... ..

*Ahora solamente recuerda. Sea tu pasión y sin reproche, y sea, sobre todo, sin magisterio vano. ¡No clames tu experiencia...!*

*No quieras escarmentar ahora al que viene detrás y va por su camino.*

*Oh, no enseñes al joven; no le digas mostrando tu pequeña impotencia:*

*“Mirad, jóvenes, la verdad de la vida.” Que no sepan por ti:*

*Míralos cómo llegan aureolados, puros: aquel que se dispone como tú en otro tiempo a vestir castamente la armadura.*

*Ellos sabrán por sí y a costa de su sangre.*

*Tú sigue tu camino construyendo, hora y hora, brote a brote, grano a grano, alma a alma, el penoso edificio de tus realidades.*

*...recuerda solamente porque el recuerdo es bello,*

*y como piedra oculta va haciéndote en un ser indestructible.*

*Y si has de llorar, vertiendo las cenizas de tu sangre sobre las cenizas del empeño maltrecho y remoto,*

*busca la soledad y ríndete en silencio.*

(El libro de Rusia es la aceptación de la realidad natural, cotidiana, frente a las ilusiones y a los idealismos de antes. Es un libro melancólico pero tranquilo.)

Y es aquí donde se produce en la poesía de Dionisio la vuelta a Machado.

He de subrayar lo de la vuelta a Machado –y no su primera influencia-, porque ya antes hubo una fase juvenil y de tanteos en la que la influencia del gran poeta era muy frecuente. Es la época en que escribió el libro *Plural* y también otros poemas, no publicados entonces,

Ridruejo tenía sólo 17 años cuando empezó a escribirlo –año 1929, él había nacido en 1912- esto es, estaba en la frontera entre la adolescencia y la juventud.

*“Me estorba ese volumen, me ata, me retiene; para seguir andando quiero buscar una ventana por donde echarlo al aire, fuera de mí”, nos dice, pero yo creo que tiene el encanto de la poesía adolescente. En algunos de ellos véase la influencia de Lorca; y también de Juan Ramón Jiménez.*

*Me dijo que me quería.  
Los ángeles alargaban,  
Vestidos de azul, el día.  
Claveles del horizonte  
Seducían a la luz  
Para llevársela al monte,*

.....

*Cuando me besó,  
el cielo encendía abrirles  
Floridos sobre mi amor.*

.....

*¡Ay, amor de los milagros,  
cómo olía a primavera!*

.....

*Nuestras almas de cristal  
Se hacían de luna llena.*

.....

*¡ay, luna, sobre los vientos,  
alma de todas las cosas  
tiende escaleras de plata  
para que suba el aroma!*

*Yo me voy a las afueras  
Todos los atardeceres*

*-naranjas del cielo herido  
apagan álamos verdes-.  
Pero hoy he visto al pasar  
-atardecer de claveles  
y geranios\_ tu ventana.  
Tú estabas rubia y celeste  
Regando de agua y canciones  
Tu alegría y tus macetas;  
-primaveras que tú enciendes-.  
Y el cielo se ha vuelto loco, como mis pasos, al verte.  
Ella tenía aquel novio  
Que le decía en la reja  
Palabras que florecían,  
Luego al alba, en las macetas.*

... ..

(Queríamos –los amigos- hacer una antología con una selección de sus poesías, una edición de lujo, para bibliófilos, pero Cela tuvo la ocurrencia –por otra parte simpática- de que fuera precisamente *éste* el libro elegido a tal fin.)

En los años 1945-1946 escribió dos obras de teatro: *Don Juan* y *El pacto con la vida*, publicado éste en la revista *Fantasia*. Hay también otra obra de teatro, inédita, *La fundación del reino*, y una novela asimismo inédita, titulada *Memorias de una imaginación*. (¡Que título para robarlo!)

En 1948 se publicó el libro *Elegías*, que es la reacción ante la decepción política y la catástrofe de la guerra mundial que le hacen volver a la Naturaleza y al sentimiento religioso. En esta etapa, y en este mismo libro, hay en Dionisio un movimiento alterno entre el peregrino y el desterrado que tiene por fondo, o como horizonte, la divinidad. *La elegía ante el mar*, que es sin duda el mejor poema del libro, es una reflexión ante el mundo en escombros; el mundo destruido por la segunda guerra, tanto en la tradición como en el voluntarismo.

*Sentado ante la mar estoy, cansado;  
Cargado estoy de torres heridas para siempre,  
de bosques extirpados, de ciudades deshechas,  
de ritos y costumbres para siempre abolidos,  
de sueños para siempre trocados en quimeras,*

... ..

*¿Cada hombre, Señor, ha de llorar su mundo?  
Cargado estoy de escombros... Me engañaron  
las rosas lentamente conseguidas  
miniando la paciencia de los siglos  
con su final esencia.  
Me engañaba la paz de las campanas*

al caer de la tarde, sobre la parva de oro  
cuando pasa el Arcángel y la oración lo sigue.  
Me engañaron la espada y el palacio,  
diente y vasija de perpetua sangre.  
Y me engañó el tejido de honor y de justicia  
en que vi flamear a las banderas.

... ..

¡Ay, promesa del hombre, al nacer derrotada!

Pero en el poema final titulado *La oración de la calma* se inicia el regreso a sus sentimientos y su fe anterior.

Viene luego una larga temporada –varios años- sin publicar libros. Es una etapa de vida retirada en contacto con la Naturaleza. Él es soriano que baja desde el frío de la alta meseta a tierras calientes se Andalucía y Cataluña; al Mediterráneo:

«Vengo desde las Tierras Altas, de lo más áspero y desnudo de la mesetas: San Leonardo de Vinuesa, los Picos –gris y violeta- del Urbión, y el cabezo mondo y rapado del Moncayo.»

Y aquí llegó Ridruejo para amar y entender, como pocos, este país catalán.

Su primer poema sobre Cataluña es un recuerdo del Montseny, donde estuvo enfermo, inmovilizado, en un sanatorio: el libro entero de poesía dedicado a Cataluña es el *Cuaderno Catalán*.

Las anotaciones que contiene su libro *Dentro del tiempo*, luego publicado con el título de *Memorias de una tregua* y también *Diario de una tregua*, fueron escritas en San Andrés de Llavaneras, en San Cugat del Vallés y en Alella. Y confiesa Ridruejo haber disfrutado entonces, en Cataluña, largos días de paz «en el tiempo que no hace historia». Es un libro escrito con la mejor prosa castellana; algunas de sus páginas son antológicas como han reconocido todos los escritores –recientemente Mariano Manent- que se han ocupado de él. En los últimos meses de su vida estuvo principalmente dedicado a escribir sus *Memorias*, que son una delicia, y a la traducción del *Cuaderno gris*, de Pla, por quien sentía la mayor admiración.



No puedo extenderme más (como mereciera el tema de Ridruejo y Cataluña), pero sí he de recordar el manifiesto que preparamos –escrito en catalán- para que fuera lanzado por la aviación al entrar el Ejército en estas tierras. Yo nunca tuve tiempo, ni elemento de colaboración bastante, para organizar mi archivo; hoy puedo releerlo gracias al meritorio esfuerzo del «Centre d'Estudis d'Història Contemporània» y a la gentileza de su presidente, don José María Figueras, que hizo la presentación de ese Centro en este Ateneo el día 8 de marzo. Aquel manifiesto está firmado por mí como «ministro de la Governació»; lo planeamos en mi despacho, en Burgos, Dionisio y yo, y

lo escribió en versión catalana Masoliver, si mal no recuerdo; no sé exactamente si fue él, o Ignacio Agustí. Ésta es ocasión de precisarlo.

Quien lo lea hoy espero que tenga la imaginación bastante para recomponer el contexto de circunstancias y ambiente en que fue escrito; y la benévola comprensión para reconocer, en justicia, su fondo de respeto y de amor a esta tierra catalana.

(El recuerdo de este manifiesto me trae el de aquel otro que los escritores castellanos elevaron al «Directorio Militar» en «Defensa de la llengua catalana» firmado por Sainz Rodríguez, Marañón, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Félix Lorenzo, Gabriel Maura, Azorín, Fernández Almagro, Gómez de la Serna, Sánchez Albornoz y muchos más.)

Era Dionisio castellano viejo que cuando intenta acercarse a la Nueva Castilla - «al planeta manchego», «a las moles y tempestades quietas del Guadarrama»- el alma da un giro «y resbala hacia los campos de Segovia, secos y dulces campos, con amarillos, rosas y malvas...»

*Por la meseta calcinada y fría  
de la infinita soledad del Duero  
gana la que me lleva sin sendero  
crudo espejo y eterna lejanía.*

*Valladolid, Segovia, Soria mía,  
Ávila, Salamanca. Pasajero  
ayer, os halagué cuando hoy os quiero,  
con vasto amor y estrecha compañía.*

*Hoy, como tú, mi plenitud talada,  
sin alas y sin hierbas, luz y duelo,  
devuelve a Dios su tiempo sin azares.*

*Campo de muerte viva, atravesada  
por el agua que busca sin consuelo  
húmedas selvas y revueltos mares.*

(Los dos libros representativos de aquella época son *El cancionero de Ronda* y *las Elegías*.)

Después de esto -1948- viene la etapa italiana con textos en prosa. De él, a mi juicio, la prosa más importante es *El retrato de Roma*. De esta época hay dos libritos; uno, *assumta*, con motivo de la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen, que es una tentativa de aplicar la concepción de la materia según la física moderna al misterio de la Resurrección de la carne. El tema está tratado –claro es- imaginativa, y no conceptualmente, esto es, por imágenes y no por conceptos.

El otro libro que escribe en Italia se titula *Los primeros días*, y su tema es la convivencia con su hija recién nacida. Tiene la teoría del *amor donación*, el que no

espera retorno. (Pero, escrito en Roma, no se publica hasta 1956 en *Papeles de San Armadams*.)

En 1950 publicó un libro con el título de *En once años*, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y fue hasta ese momento la primera edición de poesías completas. Estaba entonces Dionisio en Roma.

En 1958 publica en Aguilar un libro de ensayos que se titula *En algunas ocasiones*, ensayos breves escritos en Cataluña, crónicas de Italia y artículos publicados en la revista simplemente así: *Revista* de Barcelona.

En 1959 edita Aguilar las poesías completas con el título de *Hasta la fecha*.

Luego aparecen en Buenos Aires, en la editorial Losada -1961- el libro político titulado *Escrito en España*, al que luego me referiré, y también en Losada *122 poemas*; en 1968, en edición de bibliófilo, *Dentro del tiempo*, que es la primera edición de *Diario de una tregua*, publicado este libro en 1972.

Vienen después otros libros: *Casi en prosa*, en *Revista de Occidente*; *Entre literatura y política*, Seminarios y Ediciones, S.A.; *La muerte del rey don Pedro*, Alianza Editorial; *Los naufragios y relaciones de Cabeza de Vaca*, en Taurus; *Guía de Castilla la Vieja*, en *Destino*.

*La temática* de la obra poética de Ridruejo es muy extensa: el amor, las puras intimidades del dolor, el cromatismo del paisaje, las honduras metafísicas que duermen en la piedra y en el bosque, el enfrentamiento con la divinidad en sus sonetos *A Cristo crucificado*, *A unas manos orantes*, *A la Anunciación de Leonardo*, *A la Asunción de el Greco*, *A la virgen María al pie de la Cruz*, con visión de la divinidad a través del arte.

Su fecundidad como poeta es grande y en él fluye caudaloso el verso, sin esfuerzo ni detrimento de la calidad; y cuando éste –es inevitable- empieza a decaer, pronto nos damos cuenta cómo se detiene, porque su espíritu crítico detecta el descenso, para recuperarse en seguida en una tensión de voluntad inspiradora.

Debo decir que mi estética poética, como diría Torrente Ballester, es anterior a la guerra: es la poesía refinada, de ideas, de conceptos, de imágenes, y por eso entendí y me aficioné en seguida a la de Ridruejo, en cuanto es poeta profundo y con pensamiento, pero con un lirismo puro y con una gran brillantez en su lenguaje. Por esto mi predilección en la obra poética suya se dirige al soneto y es que allí la gran capacidad de orden, de método, de lógica y de condensación de Ridruejo alcanza enormes posibilidades de expresión.

El soneto para Ridruejo, como lo era en Quevedo, es in claro silogismo que recoge toda la profundidad de pensamiento o de emoción al hilo de un ritmo lírico rotundo, fuerte, pero metódico en sus premisas y en su conclusión. Predilección de matemáticos y juristas.

Guardo un recuerdo inolvidable de mi asistencia a la lectura que allá por el año 1940, si mal recuerdo, hacía Ridruejo de sus *Sonetos a la piedra* –entonces inéditos- en la tertulia llamada «Musa Musae» que presidía el gran poeta Manuel Machado, «Don

Manuel» como le llamaban los jóvenes poetas que a ella asistían. Leyó Dionisio, con voz rica en modulaciones, aquellos sonetos de gran profundidad y musicalidad que se iban elevando en creciente tensión y con los que abría entonces un nuevo campo a la poesía; campo que luego fructificó por todas partes pero en el que la primera semilla fue lanzada por él.

Los actos solemnes de aquella tertulia tenían lugar en el «Museo de Arte Moderno» y es a uno de éstos a los que yo asistí. Al terminar su lectura, tras de una gran ovación, alguien se acercó a Eugenio d'Ors para decirle:

«Dignos de grabarse en mármoles, como epitafios a la vida, estos sonetos, ¿no es verdad, don Eugenio?» Y éste, moviendo su cabeza de emperador romano, con su manera silabeante original y generosa, contestó: «¿Y dónde, querido amigo, encontrar mármoles dignos de la calidad de estos epitafios?»

Estaba d'Ors entonces muy ocupados en recoger y coleccionar epitafios, tema de su predilección, y allí mismo había dado una lectura sobre el tema. Los epitafios de Dionisio no estaban dedicados a la muerte, sino a la vida.

Me han contado que al terminar la velada, Leopoldo Panero, Luis Alonso Luengo –otro escritor leonés, astorgano-, y algunos jóvenes poetas más acompañaron a Manuel Machado, dando un paseo, hasta su casa de la calle de Larra. Machado, de ordinario muy locuaz y jocundo, caminaba silencioso en el centro del grupo, cuando Panero, rompiendo el silencio, dijo:

«¿A que sé en qué va usted pensando, don Manuel?»

Y éste respondió: «En lo mismo que tú.»

«¿En los sonetos de Dionisio?»

«Exacto.»

Y, parándose, Machado agregó: «Y en que en todas horas de mi vida, contando las que me quedan por vivir, no sería yo capaz de componer el número de sonetos que Dionisio, a sus pocos años, lleva ya escritos. Y tener cuenta la profundidad de cada uno de ellos, y en que son sonetos escritos “a cuerpo limpio”, sin esas martingalas, de las que tanto hemos abusado, de independizar las rimas de cada cuarteto para hacer la cosa más fácil», y concluyó diciendo, «es asombroso cómo Dionisio a fuerza de profundidad, brillantez y capacidad de creación, está salvando a la poesía de sí misma, volviéndola a sus propios cauces renovados.» Así lo vio aquel día la autoridad de Manuel Machado.

(Los modernistas desligaban muchas veces el primer cuarteto del segundo, lo que resulta mucho más fácil que ligar los dos.)

Ridruejo era tan generoso, tan modesto y sencillo, que apenas hablaba de su poesía (que, por cierto, bajo el despotismo de la censura se fue eliminando de las antología ¡a esos extremos se llegaba!) (1) y elogiaba y admiraba la de sus contemporáneos. Fue así, guiado por él, como yo llegué a comprender y admirar toda la grandeza de la obra de Leopoldo Panero, por ejemplo; poeta hondo, grave, pero que al ser formalmente más apagado no me había atraído antes. Lo mismo me ocurrió con José Hierro, otro gran poeta. Dionisio me enseñó –no lo digo con humildad sino con satisfacción- a saberlos apreciar y valorar con recta estimativa.



(1) El 19 de diciembre (1942), desde Ronda, escribió una carta a Gabriel Arias Salgado, entonces Vicesecretario de Educación Popular, diciéndole que al dimitir de sus cargos había reunido a toda, colaboración en la Prensa de carácter político, pero que al acudir con algún artículo de carácter literario a periódicos de empresa se le había indicado «la existencia de un veto oficial». Y «posteriormente –le decía- he averiguado que la prohibición se extiende también a la publicación de mis libros...» «No elevo protesta alguna ni ruego; lo que pretendo es simplemente saber si puedo contar con mi oficio de escritor para sostenerme o si debo improvisarme otro aquí Ronda, cosa que tendría sus dificultades pero para la que espero se digne Dios concederme imaginación.»